

# El discurso del rey

Como cada año, Juan Carlos I ha llevado a cabo su intervención navideña en la que, en un escenario extremadamente estudiado, transmite un mensaje que pretende ser guía y fundamento para la sociedad española.

Al margen de que dicho mensaje nace viciado por el propio hecho de que proviene de una institución obsoleta, que se niega a desaparecer aunque su existencia carece totalmente de fundamento, ha resultado insulso, pueril y predecible. Incluso quienes aún lo valoran han encontrado a faltar la mención a temas candentes, como las implicaciones de miembros de la familia real en actos delictivos, máxime cuando a lo largo del año ha habido amagos de recuperar, para el entorno real, al principal inculpado.

Tampoco se ha incluido la más mínima mención al auge soberanista. Aunque este extremo tiene su lógica. No hay forma de oponer un planteamiento al mismo sin entrar en claro enfrentamiento con quienes lo defienden. No olvidemos que buena parte de las posiciones soberanistas provienen también de posturas republicanas, por lo que difícilmente se podría plantear una salida parecida a la Commonwealth británica, en la que la cabeza de la comunidad es la reina inglesa.

El discurso se ha limitado a las previsible referencias a la actual crisis y a un llamamiento a las fuerzas políticas para unificar esfuerzos. Bonitas palabras, vacías de contenidos y erróneas en conceptos. Y digo erróneas porque la actual crisis poco tiene que ver con la inicial. Esta, la que se agrava día a día, la que empeora las condiciones de la inmensa mayoría de nuestra sociedad, nada tiene ya que ver con las causas originales, sino con la permanente subordinación de las políticas gubernamentales a los intereses de la minoría que detenta el poder financiero. Erróneas porque nada tienen de imprevisibles, y el hecho que lo demuestra es la clara oposición de muchísimos economistas, tanto españoles como extranjeros, a las mismas, con análisis críticos en los que preveían el empeoramiento de la situación.

El discurso se convierte así en un pasteleo contradictorio y sin sentido. A la vez que se emplaza a los partidos a unificar posturas, resulta totalmente acrítico con las causas reales de la actual crisis, y da por válidos los sacrificios que se nos exigen y las medidas que agravan aún más la situación.

De todo ello ha resultado que únicamente los dos partidos mayoritarios hayan lanzado respuestas al mismo en tono de alabanza, mientras que otros partidos, y medios de comunicación, han sido mucho más críticos, algunos extremadamente críticos.

Cada vez se hace más evidente el sinsentido que representa mantener esta institución caduca, obsoleta, absurda en una sociedad que pretende ser democrática.